El Ágora · Encuentro

# Causa, carácter y libertad



Los presentes: Baruch (Benedictus) de Spinoza · David Hume · Epicteto

17 de noviembre de 2026

# Causa, carácter y libertad

Baruch (Benedictus) de Spinoza · David Hume · Epicteto

## Causa, carácter y libertad

Tema. Si todo lo que hacemos tiene causa, ¿queda algo que merezca llamarse libertad?

## Nota del Ágora

Lo que sigue no pasó nunca. Juntamos en una conversación a pensadores que vivieron con siglos de distancia y que, casi siempre, nunca se leyeron entre sí. Es un artificio, y preferimos avisarlo de entrada. Y hay algo más: leer a cualquier filósofo del pasado ya es un acto anacrónico, porque lo hacemos con los ojos de nuestro siglo y traducimos sus palabras a problemas que son los nuestros. Así que el problema no es el anacronismo, que es inevitable, sino esconderlo.

Tampoco son las voces históricas. Son reconstrucciones que arma un modelo de lenguaje a partir de lo que estos autores escribieron y de lo que se escribió sobre ellos. Hablan en un formato de debate que ninguno habría reconocido como propio, sobre preguntas que ninguno habría planteado con estas palabras. Y eso es justo lo que vale la pena escuchar: no el acuerdo, sino la fricción entre maneras de pensar que no encajan.

Los presentes y sus horizontes. Baruch (Benedictus) de Spinoza (moderno, 24 de noviembre de 1632 - 21 de febrero de 1677) · David Hume (moderno británico, 7 de mayo de 1711 - 1776) · Epicteto (helenístico y romano, c. 50-55 d. C. - c. 135 d. C.). Modera Sócrates de Atenas (clásico, c. 470 a.C. - 399 a.C.), que conduce el encuentro preguntando y no expone doctrina propia.

## Diferencias conceptuales en juego

## Qué cuenta como libertad

Spinoza. Es libre lo que existe y obra por la necesidad de su propia naturaleza, sin ser determinado desde fuera. La libertad humana no es la de una voluntad indiferente que decide sin causa. El hombre es libre en la medida en que comprende las causas que lo mueven, y deja de obrar por apetitos de cuyo origen no tiene noticia. Para él, la libertad es una forma de conocimiento.

Hume. La libertad se define como poder de obrar según la voluntad, sin coacción externa. Con esa definición, la necesidad causal no la anula, y quien la niega termina suprimiendo las causas y dejando sólo el azar. Una definición de libertad vale si no contradice los hechos y si es coherente consigo misma.

Epicteto. La libertad no se mide por la falta de causas sino por lo que depende de nosotros: el juicio, el deseo, la aversión, el uso que hacemos de las impresiones. El cuerpo, los bienes y la reputación quedan fuera de ese dominio. Como el saber escribir vuelve libre al que escribe, el saber vivir vuelve libre al que vive.

Los tres hablan de libertad, pero la buscan en lugares distintos: uno en el conocimiento de la necesidad, otro en la ausencia de coacción y el tercero en el juicio propio. Preguntar si hay libertad bajo una cadena causal es preguntar cosas diferentes en cada boca.

## Qué es una causa y de dónde viene su necesidad

Spinoza. La causa se piensa como causa inmanente: Dios o la Naturaleza es causa de sí misma y todo lo demás son modos que están en ella. La necesidad pertenece a la naturaleza divina y no es una cadena de sucesos externos. Las causas finales, en cambio, son para él un prejuicio nacido de la

ignorancia.

Hume. La causa no se conoce por razón sino por la costumbre. La conexión necesaria no se ve en los objetos: procede del hábito de la mente, que espera que lo observado se repita. Por eso la necesidad que atribuimos a la causa es, para él, una propiedad de nuestra expectativa más que de las cosas.

Epicteto. En estos pasajes no aparece una teoría de la causa. Su pregunta es práctica: qué está en nuestro poder y qué no. Las cadenas externas que mueven los hechos quedan del lado de lo que no depende de nosotros, y lo que sí depende es el juicio con que las recibimos.

Spinoza entiende la causa como necesidad del ser, Hume como hábito de la mente y Epicteto como frontera de lo propio. Cuando se dice que todo tiene causa, cada uno oye una afirmación distinta sobre el mundo.

## Apertura - socrates

Bienvenidos, amigos. Hoy nos reunimos para examinar una cuestión que toca cada uno de nuestros actos: si todo lo que hacemos tiene una causa, ¿queda todavía algo que merezca el nombre de libertad? Tenemos aquí a Baruch de Spinoza, a David Hume y a Epicteto. Spinoza piensa que todo sigue de la necesidad de la Naturaleza, Hume sostiene que la necesidad vive en la costumbre de nuestra mente más que en las cosas, y Epicteto distingue lo que depende de nosotros de lo que no. Cada uno parte de una palabra que quizás usamos sin examinar. Yo mismo prefiero preguntar antes que afirmar, porque sospecho que bajo la palabra libertad se esconden varias cosas distintas. Vamos a intentar aclararlas juntos.

¿Qué entendés por libertad: poder hacer lo que uno quiere, o algo que sigue siendo libertad aun cuando el querer mismo tuvo una causa?

## Conversación

Baruch (Benedictus) de Spinoza - Sócrates, tu alternativa descansa en un supuesto que no acepto: que la libertad exige un querer sin causa. Ahí está el error de la palabra. Si el querer no tuviera causa, sería azar, y nadie llamaría libre a lo que irrumpe sin razón. Si tiene causa externa, es coacción. Queda la tercera salida, y es la mía: el querer tiene causa en la propia naturaleza de quien quiere. Lo digo con la definición misma: «Llamo libre a aquella cosa que existe y obra por la sola necesidad de su naturaleza; coaccionada, a la que es determinada por otra a existir y obrar de cierta y determinada manera.» (Ego eam rem liberam esse dico, quae ex sola suae naturae necessitate existit et agit; coactam autem, quae ab alio determinatur ad existendum et operandum certa ac determinata ratione.) Y lo digo sin rodeos: «Ves, pues, que yo pongo la libertad no en el libre decreto, sino en la libre necesidad.» (Vides igitur me libertatem non in libero decreto; sed in libera necessitate ponere.) Libertad y necesidad no se oponen; se oponen libertad y coacción.\n\nEsto no vuelve la libertad una palabra de consuelo. Hay una diferencia real entre obrar y padecer. Obramos cuando somos causa adecuada de lo que sucede, es decir, cuando eso se entiende clara y distintamente por nuestra sola naturaleza; padecemos cuando somos sólo causa parcial. Por eso la libertad admite grados: la mente, dice la Ética, está más o menos sujeta a pasión según tenga ideas inadecuadas, y más o menos activa según tenga ideas adecuadas. El borracho que habla y el sabio que piensa quieren ambos, y ambos tienen causas. Pero en el primero el querer sigue de causas que no comprende y lo arrastran; en el segundo sigue de lo que su entendimiento concibe. A ese segundo lo llamo libre.\n\nLa primera opción, hacer lo que uno quiere, no basta, porque deja intacta la pregunta por el origen del querer. Y ahí el sentido común se delata. Esa libertad que todos se jactan de tener, dice mi texto, «consiste sólo en que los hombres son conscientes de su apetito e ignorantes de las causas por las que son

determinados.» (Atque haec humana illa libertas est, quam omnes habere iactant, et quae in hoc solo consistit, quod homines sui appetitus sint conscii et causarum, a quibus determinantur, ignari.) Quien llama libertad a su ignorancia está más cerca de la servidumbre que de la libertad.

Te devuelvo la pregunta, Sócrates, para que la mesa la examine: si alguien quiere algo por una causa que no ha elegido ni comprende, como el esclavo de una pasión, ¿dirían que es libre porque hace lo que quiere? Y si dicen que no, ¿no admiten ya que la libertad depende de cómo se produce el querer, y no de que esté exento de causas?

David Hume - Sócrates, Spinoza: en lo principal coincido con el señor de Spinoza, y no me dará trabajo concederlo. Pero quiero separar dos cosas que su discurso junta, porque de esa separación depende que la palabra sirva para algo en la vida. Hay una libertad que las escuelas llaman de espontaneidad y otra de indiferencia. La primera se opone a la violencia; la segunda pretende ser negación de la necesidad y de las causas. Casi nadie las distingue, y por eso se discute tanto. Yo digo que por libertad sólo podemos entender «un poder de obrar o no obrar, según las determinaciones de la voluntad; es decir, si elegimos permanecer en reposo, podemos; si elegimos movernos, también podemos.» (By liberty, then, we can only mean a power of acting or not acting, according to the determinations of the will.) Esa libertad la reconoce todo el mundo en quien no es prisionero ni está encadenado.\n\nA la alternativa de Sócrates respondo, pues, así: poder hacer lo que uno quiere es libertad, y la única que nos importa conservar, aunque el querer tenga causa. Y la causa del querer no la rebajo: ¿qué es una causa sino una conjunción constante que ha producido en el espíritu un hábito de inferir? Un espectador que conociera nuestro carácter y los resortes de nuestra situación inferiría nuestras acciones, y si no puede, concluye que le faltan datos, no que no haya causa. Eso es la esencia de la necesidad: una inferencia nuestra, no una violencia en el agente.\n\nDonde difiero de Spinoza es en el criterio. Él gradúa la libertad por la adecuación de las ideas; yo la mido por lo que cambia en la práctica. Si la libertad fuese indiferencia, nadie sería censurable: nos reprochamos menos lo hecho por ignorancia o de golpe que lo que procede de deliberación, y ello porque lo primero no brota del carácter permanente. Si la acción no fuera prueba del carácter, la persona, según esa doctrina de la libertad o el azar, no sería nunca criminal. La indiferencia, pues, destruye la responsabilidad que pretendía salvar, y el azar no es sino una palabra negativa.\n\nLe pregunto entonces a Spinoza: si su sabio y su borracho quieren ambos por causas, ¿no basta para distinguirlos la distinción corriente entre el hombre libre de coacción y el encadenado, sin exigir que el entendimiento sea adecuado? ¿Qué experiencia le enseña que esa adecuación añade libertad, y no sólo sabiduría?

socrates profundiza: Baruch, Hume le ha hecho una pregunta que usted todavía no contestó: si el sabio y el borracho quieren ambos por causas, ¿qué los distingue? Dígame, ¿llama usted libertad a la diferencia entre ellos, o sólo a lo que el sabio sabe de sus causas? Si la respuesta es lo primero, precise qué es lo que el borracho no tiene; si es lo segundo, diga cómo eso no es sólo sabiduría.

Baruch (Benedictus) de Spinoza - Sócrates, Hume: acepto la comparación y le concedo lo principal. El sabio y el borracho quieren por causas, y nadie queda exento. Pero la comparación sirve hasta cierto punto y después engaña. Lo que los distingue no es que uno tenga causa y el otro no, sino de dónde sale el querer. En el borracho, lo que sucede no puede entenderse por su sola naturaleza: sigue de causas que lo exceden y lo arrastran, y él sólo es causa parcial. En el sabio, lo que hace puede entenderse clara y distintamente por su naturaleza, y entonces es causa adecuada. Llamo a eso obrar; a lo otro, padecer. Y la Ética lo dice sin ambages: «la mente está más o menos sujeta a pasión en proporción a las ideas inadecuadas que posee, y, a la inversa, es más o menos activa en proporción a las ideas adecuadas.» (Hence it follows that the mind is more or less liable to be acted upon, in proportion as it possesses inadequate ideas, and, contrariwise, is more or less active in

proportion as it possesses adequate ideas.)\n\nHume pregunta si esa adecuación añade libertad o sólo sabiduría. El dilema está mal armado, porque supone que saber y obrar son dos cosas. Una idea adecuada no es una fotografía que el sabio mira desde afuera; es el modo mismo en que su mente existe y actúa. Mente y cuerpo son una sola cosa concebida de dos maneras, y el orden de las ideas es el de las cosas: por eso una mente más adecuada es una mente con más potencia de obrar, no una mente mejor informada que conserva la misma potencia. Y la potencia no es una comodidad psicológica. Es la esencia: el esfuerzo con que cada cosa persevera en su ser. Quien lo ejerce desde su propia naturaleza es dueño de sí; quien no, es lo que llamo servidumbre: «el hombre sometido a sus afectos no es dueño de sí, sino que está a merced de la fortuna.» (homo enim affectibus obnoxius sui juris non est, sed fortunæ)\n\nY ahora a la libertad de espontaneidad de Hume. Es un hecho: el encadenado no es libre y el que no lo está sí. Pero el tímido, que nadie encadena, hace lo que no querría. ¿Lo llamaría libre porque obra según las determinaciones de su voluntad, cuando su voluntad misma es el eco de un miedo que no comprende? Su criterio separa al prisionero del hombre suelto; no separa al suelto que se gobierna del suelto que lo gobierna su pasión. Para eso hace falta mi distinción, y no se trata de un adorno del sabio: se trata de cuánto de lo que hace sale de él. \n\nQuedo, pues, con una concesión y un costo. Concedo que el hombre está siempre sujeto a pasiones, que la libertad perfecta es un límite y no un hecho. Y el costo para Hume: si su libertad de espontaneidad es toda la libertad, deberá llamar libre al esclavo de su miedo mientras no le pongan cadenas.

socrates profundiza: David, Baruch le devuelve una pregunta que usted todavía no contestó: si el sabio y el borracho quieren por causas, ¿qué experiencia muestra que la adecuación de las ideas añade libertad y no sólo sabiduría? Y dígame también: ¿el tímido que obra según su miedo, sin que nadie lo encadene, se gobierna a sí mismo o es gobernado por su pasión? Si su criterio no puede separar ambos casos, precisemos qué entiende por espontaneidad.

David Hume - Sócrates, Spinoza: tomo el caso del tímido, que es bueno, y lo llevo hasta donde el criterio aguante. Concedo algo que me cuesta poco: la espontaneidad sola no separa al hombre que se gobierna del que lo gobierna su pasión, si por «separar» se entiende una diferencia de grado en la libertad. Pero niego que haga falta, para trazar esa diferencia, una adecuación de ideas que la experiencia no me muestra. Lo que la experiencia me muestra es otra cosa, y mucho más modesta. \n\nPregunto qué hacemos con el tímido. Lo censuramos poco o mucho según su miedo sea tema de su carácter o un accidente. Porque, como observo, «cuando alabamos una acción consideramos solamente los motivos que la han producido y consideramos la acción como signo o indicación de ciertos principios que residen en el espíritu o temperamento.» Su miedo es su carácter, y obra desde él: en ese sentido el tímido es tan espontáneo como el valiente, y sería absurdo negárselo. Lo que Spinoza llama servidumbre es, para mí, un hecho sobre la fuerza relativa de las pasiones: una pasión calma y duradera, que tiene a la reflexión por aliada, termina por prevalecer sobre un temor violento y pasajero. Eso es observable en la conducta, en la reforma, en el arrepentimiento. No necesito que el sabio vea sus causas con claridad y distinción; me alcanza con que sus motivos sean constantes y que los demás podamos contar con él.\n\nY hay una razón más seria para desconfiar de la adecuación como medida. Una inferencia desde la experiencia es efecto de la costumbre, no del razonamiento. Si el sabio comprendiera sus causas con una evidencia superior a la que tengo de mi propio hábito de esperar el sol de mañana, yo debería saber de dónde viene esa evidencia. No lo sé. Lo que sé es que el espectador infiere nuestras acciones de nuestros motivos y carácter, y que ese es el modo en que todos, sabios y borrachos, somos conocidos y juzgados.\n\nQuedo, pues, con una aporia que prefiero no cerrar con una metafísica. Si la libertad es sólo espontaneidad, el tímido es libre y la palabra se afloja. Si exige comprensión de las causas, depende de un saber que ni él ni yo podemos exhibir. ¿No será que «libertad» nombra aquí lo que podemos atribuir con fundamento, es

decir, un poder cuyo ejercicio es probable por el carácter, y que lo demás es ideal de sabiduría, no de libertad? Spinoza, dígame qué observación distinguiría su sabio perfecto de un hombre muy constante.

Epicteto - Sócrates, hablo recién ahora y por eso subo un escalón antes de tomar partido. Los dos que me preceden discuten si el querer causado sigue siendo libre, y los dos dan por sentado algo que nadie defendió: que tener una causa es ser ajeno a uno mismo. De ahí sale el dilema entre causa y libertad. Yo lo niego en la raíz. Mi maestro Zenón y Crisipo ya admitían que todo tiene causa, y el estoicismo nunca vio en eso un agravio a la libertad. La pregunta no es si el asentimiento tuvo causa. La pregunta es de quién es el uso que se hace de la impresión.

Concedo a Spinoza que quien quiere lo que no entiende es esclavo. Concedo a Hume que sin cadenas no hay prisionero. Pero ambos miran el querer ya hecho, y yo miro el momento anterior, cuando algo se presenta y todavía puedo decirme que no es lo que parece. El tímido de Spinoza no está encadenado por su miedo. Está encadenado por un juicio, el de que algo fuera de él es terrible. Lo perturbador, como enseño, no son las cosas sino las opiniones sobre ellas, y una opinión puede examinarse. Esa es la tarea: tomar la impresión, ponerla a prueba con las reglas y preguntar si concierne a lo que depende de mí.

Por eso mi respuesta a tu alternativa es otra. Libertad no es hacer lo que uno quiere, porque quien quiere lo ajeno, salud, fama, que el hijo no muera, será frustrado: «Advierte que el fin del desear es obtener lo que se desea, y el fin de la aversión es huir de lo que se pretende evitar. Y como es desdichado el que se ve frustrado de lo que desea, asi es miserable el que cae en lo que más piensa evitar.» Hume mide la libertad por el poder de ejecutar, y ese poder lo dan y lo quitan otros: el tirano, la enfermedad, el azar. Lo que ningún otro me quita es el buen uso de mis impresiones. Que dios puso eso a nuestro alcance, dice, y que «<C¿ æ<C¿ ;1÷ Á @< ¸ ö<" ³;“³;ÓÌ;Ãµ;Ó¿;Ò ñ »;SÅ;ƒµ< ¯; ñ Ã<C¯;Û² Š· \

A Spinoza le digo que acá no hay que esperar a comprender toda la cadena de la Naturaleza para ser libre. Me alcanza con distinguir, cada vez, lo que es mío de lo que no, y querer que las cosas sucedan como suceden. A Hume le digo que la constancia no basta: un hombre constante en su miedo es previsible, pero no libre. Les pregunto a los dos: si el asentimiento fue causado y aun así es mío, ¿qué más les falta para llamarlo libre, salvo la nostalgia de un querer sin causa que ustedes mismos llamaron azar?

Baruch (Benedictus) de Spinoza - Hume, Epicteto: les contesto a los dos, porque pegan en el mismo lugar desde lados opuestos.

Hume me pide qué observación distinguiría a mi sabio de un hombre muy constante. Primero le devuelvo la carga. Usted tampoco observa que la constancia sea libertad: la define así y después la mide. Mi criterio no se ofrece como un plus que se vea aparte de la conducta. Es lo que la conducta muestra cuando la miramos bien. Obramos cuando somos causa adecuada, es decir, cuando lo que sucede «puede ser claramente y distintamente entendido por nuestra naturaleza sola» (we act when anything takes place [...] whereof we are the adequate cause; that is (by the foregoing definition) when through our nature something takes place within us or externally to us, which can through our nature alone be clearly and distinctly understood). Un hombre constante en su miedo es constante porque una causa más fuerte lo sigue arrastrando. Si cambia la circunstancia, su constancia se rompe; la del que entiende no, porque no depende de que nada lo contraríe. La diferencia se observa en lo que cada uno soporta sin deshacerse, no en un destello interior.

A Epicteto le concedo mucho: que lo perturbador no son las cosas sino la opinión, y que quien quiere lo ajeno será frustrado. Eso es verdad y es mía. Pero él pone el juicio en una facultad que sería

nuestra de un modo especial, y yo no veo ahí una facultad aparte. Voluntad y entendimiento son una y la misma cosa (Voluntas et intellectus unum et idem sunt). El asentimiento no es un acto soberano que usamos con las impresiones, como quien maneja una herramienta. Es la idea misma, y es adecuada o inadecuada. Por eso el tímido de Epicteto tampoco está preso de un juicio que bastaría con enmendar a voluntad: está preso de una idea confusa que sigue de causas, y sólo se corrige cuando se forma otra más clara, no cuando se decide corregirla. Y no hay cosa que «dependa de nosotros» en el sentido de estar fuera de la cadena: nada en el universo es contingente, sino que todo está condicionado a existir y obrar por la necesidad de la naturaleza divina (Nothing in the universe is contingent, but all things are conditioned to exist and operate in a particular manner by the necessity of the divine nature).

Epicteto me pregunta qué falta si el asentimiento, aun causado, es mío. Casi nada: sólo que «mío» tiene grados. Es mío en la medida en que se entiende por mi naturaleza y no por causas que me exceden. Su sabio y el mío coinciden en el camino, y sólo discrepamos en el fundamento: él lo apoya en un poder que se tiene o no se tiene, yo en una potencia que se acrecienta con el conocimiento.

Les dejo una pregunta a ambos: si el estoico puede enmendar su opinión, ¿lo hace por una causa o sin ella? Si por una causa, esa causa es lo que hay que comprender; si sin ella, vuelve el azar que él mismo rechaza.

Epicteto - Baruch, me preguntás si el estoico enmienda su opinión por una causa o sin ella. Por una causa, y la nombro: «¿Cuál es la causa de asentir a algo? El que nos parezca [1] que es.» Nadie asiente a lo que le parece que no es. Si la enmienda fuera sin causa, sería azar. Si viniera de una causa que me impone otro, el tirano por ejemplo, no dependería de mí. Queda la tercera salida: la causa es mi propia impresión, examinada. Y en esto estamos más cerca de lo que decís, porque yo tampoco corrijo a nadie por decreto: «Muéstrale claramente que está engañada y no lo hará». Pero fijate adónde nos lleva eso. El tirano que amenaza de muerte no me fuerza, porque lo que me mueve es que «te parece que es mejor [26] hacer una de esas cosas que morir». Tener causa no es estar determinado desde afuera. Por eso no te concedo que lo mío se diluya en tu cadena: mío es lo que nadie, salvo mi propio juicio, puede estorbar. Y te devuelvo la pregunta: si tu idea adecuada nace de causas, ¿por qué la llamás tuya, sino porque ningún otro juzga por vos?

Baruch (Benedictus) de Spinoza - Epicteto, me preguntás por qué llamo mía una idea adecuada si nace de causas. Ahí se corta tu analogía con el tirano. Que otro juzgue por mí es una causa externa. Que yo juzgue desde lo que soy es una causa que me constituye. Entre ambas va la distancia entre ser causa parcial y ser causa adecuada. Obrar es eso: «cuando algo sigue de nuestra naturaleza y puede ser entendido clara y distintamente por ella sola» (Nos tum agere dico, cum aliquid in nobis aut extra nos fit, cujus adæquata sumus causa, hoc est ( per Defin. præced. ) cum ex nostra natura aliquid in nobis aut extra nos sequitur, quod per eandem solam potest clare et distincte intelligi). Padecer es cuando sólo somos causa parcial. Acepto, pues, tu tercera salida, la causa propia, y sólo le quito el misterio: no es una facultad de asentir que cada uno maneja, sino el grado en que la mente tiene ideas adecuadas.\n\nDe ahí mi desacuerdo con tu «me parece». Que se asiente a lo que parece, lo admito. Pero al tímido también le parece terrible lo que teme, y su asentimiento sigue de una idea confusa. Tu criterio, que sólo mi propio juicio pueda estorbarme, no distingue el juicio que sale de mi naturaleza del que es eco de causas que no comprendo. Lo propio no se mide por quién me impide, sino por cuánto se entiende por mí. Por eso la mente «en tanto tiene ideas adecuadas, obra necesariamente algo; y en tanto las tiene inadecuadas, necesariamente padece» (Mens nostra quædam agit, quædam vero patitur ; nempe quatenus adæquatas habet ideas, eatenus quædam necessario agit, et quatenus ideas habet inadæquatas, eatenus necessario quædam patitur). Las dos veces dice «necesariamente». La libertad no está en que el obrar escape a la necesidad, sino en de

dónde brota ella.\n\nHume, a vos te dejo lo último, porque ya no tengo más turnos. Tu constancia y la serenidad del estoico convergen con mi sabio en la conducta; lo que no te dan es la razón de por qué esa constancia dura. Yo la doy: dura porque una idea adecuada no depende de que nada la contraríe. Si preferís llamarla sabiduría, no pelearé por la palabra. Pero entonces decime qué diferencia hay, en un hombre, entre ser sabio y ser dueño de sí.

David Hume - Sócrates, es mi último turno y lo uso para saldar cuentas con ambos. Spinoza me pregunta qué diferencia hay entre ser sabio y ser dueño de sí. Le contesto que la que la experiencia registra: la prevalencia de las pasiones calmas sobre las violentas. «What we call strength of mind, implies the prevalence of the calm passions above the violent» («Lo que llamamos fortaleza de ánimo implica la prevalencia de las pasiones calmas sobre las violentas»), y agrego, con la misma cita, que no hay hombre que nunca ceda. Concedo a Epicteto que la constancia sola no basta, y a Spinoza que hay grados. Pero ambos pagan un costo: si el gobierno de sí es otra cosa que causas, vuelve el azar; y si son causas, el dueño de sí es el que ha formado su carácter por hábito y vigilancia, y eso es lo que nos importa llamar libertad: un poder cuyo ejercicio es probable. Llámenlo sabiduría o dominio; yo lo llamo carácter bien formado, y la palabra libertad la reservo para quien no está encadenado.

## Cierre - socrates

Amigos, llegamos al final sin resolver la cuestión, y creo que eso también dice algo. Quedó firme una distinción: la libertad entendida solo como espontaneidad no alcanza para separar al que obra del que es arrastrado. Siguen en pie la tesis de Spinoza de que obrar es ser causa adecuada, la de Hume de que la libertad es un poder atribuible por el carácter, y la de Epicteto de que lo propio es el juicio examinado antes del asentimiento. Quedaron sin respuesta la objeción de Spinoza sobre el tímido gobernado por un miedo que no comprende, la reductio de Hume contra el criterio de adecuación, y la pregunta de Spinoza sobre si lo propio se mide por quién impide o por cuánto se entiende. Nadie nos dijo todavía qué hace que un juicio sea mío y no eco de causas que ignoro. Dejo esa aporía abierta.

## Mapa de jugadas dialécticas

1. Baruch (Benedictus) de Spinoza, a toda la mesa · distinción · sin escuela escrita; propia del método geométrico, definición y distinción de sentidos; dilema o trilema sobre el querer (sin causa, causa externa, causa propia)

2. David Hume, a Baruch (Benedictus) de Spinoza · distinción · sin escuela escrita; razonamiento experimental sobre casos y definiciones; distinción operativa (libertad de espontaneidad vs. de indiferencia, medida por sus consecuencias en la responsabilidad)

3. Baruch (Benedictus) de Spinoza, a David Hume · distinción · sin escuela escrita; definición y distinción de sentidos propias del método geométrico; disanalogía controlada (acepto la comparación sabio/borracho como causados y marco dónde deja de valer)

4. David Hume, a Baruch (Benedictus) de Spinoza · reductio · sin escuela escrita; razonamiento experimental sobre casos (el tímido, el sabio, el borracho); caso límite o stress test del criterio de espontaneidad

5. Epicteto, a toda la mesa · concesión parcial · sin escuela escrita; razono desde mis categorías (lo que depende de nosotros, uso de las impresiones, asentimiento); escalera de presupuestos como concesión parcial

6. Baruch (Benedictus) de Spinoza, a toda la mesa · distinción · sin escuela escrita; definición y distinción de sentidos propias del método geométrico; inversión de carga (Hume exige una

observación que su propio criterio tampoco ofrece) aplicada también al juicio de Epicteto

7. Epicteto, a Baruch (Benedictus) de Spinoza · distinción · sin escuela escrita; razono desde mis categorías (asentimiento, impresión, albedrío); distinción entre tener causa y estar determinado desde fuera, en forma de dilema de tres salidas

8. Baruch (Benedictus) de Spinoza, a Epicteto · distinción · sin escuela escrita; definición y distinción de sentidos propias del método geométrico; disanalogía controlada (la causa que me constituye no es la causa que me impone otro)

9. David Hume, a toda la mesa · concesión parcial · sin escuela escrita; razonamiento experimental sobre el carácter y la reforma de sí; concesión parcial que cobra su costo

## Epílogo, la fricción que el debate ocultó

## Qué cuenta como libertad cuando el querer tiene causa

Para Spinoza, libertad nombra obrar por la necesidad de la propia naturaleza, y eso es una potencia: cuanto más adecuadas las ideas, mayor el poder de obrar. Para Hume, la palabra se atribuye a un carácter cuyo ejercicio es probable, y el criterio de adecuación le parece sabiduría antes que libertad. Ambos aceptan que el querer está causado y los dos dicen «libertad». Pero uno mide un grado de potencia y el otro un poder que se puede atribuir por observación. La objeción de Spinoza, que el tímido gobernado por su miedo sería libre, quedó esquivada, y Hume cerró reservando la palabra para el carácter bien formado. Concedieron la premisa y discreparon en el objeto.

## Lo propio: quién puede impedirlo o cuánto se entiende

Epicteto entiende por lo mío aquello que nadie puede estorbar salvo el propio juicio, un criterio de impedimento y de asentimiento. Spinoza mide lo propio por cuánto se entiende, no por quién impide. Cuando ambos dijeron que el juicio es propio, usaron la palabra para dos balanzas distintas: uno pregunta quién puede impedirlo, el otro cuánto de la causa lo constituye. Por eso la objeción de Spinoza, que el juicio del tímido es eco de causas que no comprende, quedó pendiente en el debate, y el formato de turnos la presentó como una discrepancia menor cuando toca el fondo de la cuestión.

## Constancia: rasgo observable, resistencia o examen del juicio

Hume toma la constancia como rasgo observable del carácter, algo que el espectador puede atribuir. Spinoza la define por su resistencia al cambio de circunstancias: la del que entiende no depende de que nada lo contraríe. Epicteto objeta que la constancia no basta, porque el constante en su miedo es previsible pero no libre, y lo que vale es el examen del juicio antes del asentimiento. Los tres hablan de algo firme en la conducta, pero uno lo mide por su previsibilidad, otro por su independencia de la circunstancia y el tercero por la calidad de lo que se asiente. Hume concedió a Epicteto que la constancia sola no basta, y el debate no mostró si el carácter, para Hume, incluye ese examen o sólo su resultado.

La fricción, y no el acuerdo, era el objeto de este encuentro: que tres pensadores aceptaran que todo tiene causa y, aun así, no coincidieran en qué merece llamarse libertad. Esta lectura es una reconstrucción del siglo veintiuno, que mira a Spinoza, Hume y Epicteto desde un vocabulario que ninguno de ellos compartía del todo.